

Alfonso Pérez

De la Caldera del Diablo hasta Munich, a puño limpio



Por GERMAN CASTRO CAYCEDO

CARTAGENA, 9. — Los grandes campeones del boxeo cartagenero se funden en una caldera. Es tan alta como una casa de dos pisos y tan larga como la mitad de un campo de fútbol, donde los hombres quieren rebajar de peso solo tanto que subirse al ring unas dos veces.

Bajo el calor achicharrante que cae de las tejas de zinc, esta antigua fábrica de ladrillos convertida en "coliseo" hervía esta tarde a una temperatura de 37 grados centígrados. Algo así como un horno para asar carne, sin ventilación, sin agua, sin luz, porque estas dos últimas le fueron cortadas en mayo. Los boxeadores la llaman "la caldera del diablo" y está cerrada con un par de candados que se abrieron mientras afuera centenares de personas corrían detrás de los radios transistores, cuyo eco llegaba hasta aquí como un murmullo que encontraba eco en el calcinado techo.

El grito de "morochón" Herrera, un "mosca" aficionado que sueña desde hace cuatro meses con calzarse los guantes —pero que no puede porque no hay coliseo para peleas de aficionados— retumbó por el local un poco antes de las dos de la tarde de este viernes: "Ajá, vámonos que Alfonso Pérez va ya a pelear en Munich".

Pérez había comenzado unos diez años atrás en este horno de hojalata y paredes descascaradas por el calor, con unos guantes de lona hechos por él en su pequeña casa del barrio Escallón Villa, un suburbio sin tradición boxística que hasta entonces no había rivalizado con Chambacú, con la "Calle del Medio" o con Torices, donde nacieron las grandes glorias del pugilismo costeño.

Entonces, Pérez había abandonado el colegio en segundo de bachillerato y como necesitaba algún dinero para la sobrealimentación y para pagar los 20 centavos diarios que le daban derecho a baño en el "gimnasio" después de cada práctica, se había convertido en un albañil "empresario", cuyo único operario era su hermano Gustavo, cuatro años menor que él.

La profesión le duró sin embargo unos 13 meses, porque "descubrió" que cuando viejo debía tener callos en las manos, pero no producidos por un palustre", dice Gustavo.

La pelea

En el primer piso de un edificio moderno, mecido entre las calles de Cartagena antigua, estaban apretados en torno al microfono y a la pequeña pantalla de televisión de Napoleón Perea todos los familiares de Alfonso Pérez. Todos menos la madre, que después de una década de triunfos, aun no se acostumbraba a escuchar los combates del muchacho.

Juan Manuel Pérez (64), un celador del SENA que con su sueldo sostiene a los 11 hijos, había pegado la cara a la pantalla y los demás lo seguían en una "U" que le daba vuelta a la consola del aparato.

Habían apretado los puños y con el campanazo inicial dejaron de respirar, soltando solo alaridos ahogados con cada "vaje" de los puños de Pérez a la cara de su rival, que con la guardia abajo echaba, incandescente, la cara atrás.

Los dos primeros asaltos del colombiano fueron vigorosos, pero al final sus fuerzas parecieron decaer.

En la entrada de Torices, frente a una fuente y detrás de una "pared" de latas carcomidas por el orín, "Chico de Hierro" y sus muchachos parecían descifrar lo que esto significaba: "Alfonso no ha administrado bien sus energías... Tal vez la ansiedad de noquear al hungaro en los dos primeros asaltos le ha quitado la fuerza... Los jueces van a tener más en cuenta lo que pase en este último 'round' que en los anteriores".

A la entrada del gimnasio de "Chico de Hierro", un gran boxeador cartagenero de los años 30, hay un botadero de basuras, y adentro un "ring", una pera, dos sacos de arena y una letrina maloliente cubierta por una nube de moscas.

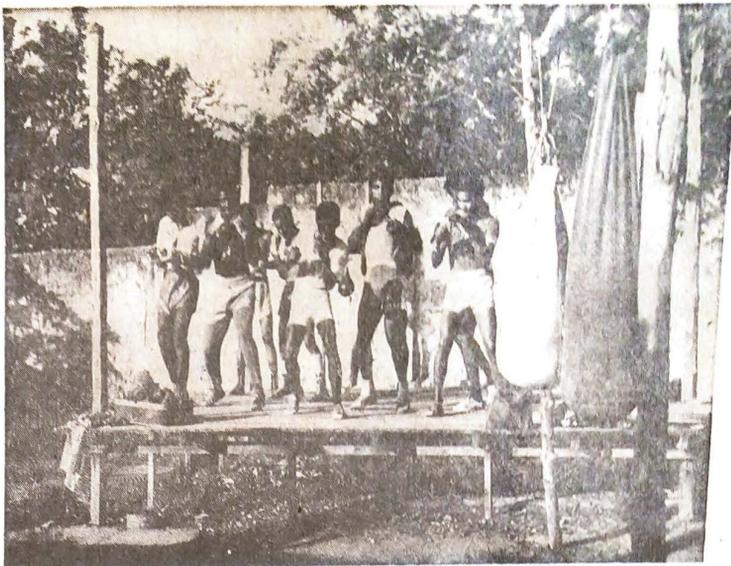
En este sitio, durante los últimos nueve años, Alfonso Pérez ha descubierto los secretos del box. Es un solar sin agua, donde los muchachos deben darle cada tarde a "Chico" 20 "chavos" para poderle comprar a la vecindad el agua con que se lavan el sudor que producen los entrenamientos.

"Chico de Hierro" es un hombre fuerte y menudo que conoció a Pérez una tarde, pero no recuerda de qué año ni de qué mes, porque el vino para que le enseñáramos este arte... Yo me acuerdo que tenía bastante. Era una tosestia que yo conozco bien en esta gente... Es del hígado, de los bronquios débiles, de las gripas continuas... Usted sabe, el ejercicio es fuerte y la alimentación... Alfonso, como todos estos muchachos, no era rico y no comía bien.

"Compramos con ayuda de la Liga y con mis ahorros tintura de ruibarbo y algunas vitaminas y reconstituyentes y rebajamos el entrenamiento... hasta que desapareció la gripe... Sin embargo en los primeros meses las prácticas fueron suaves, le faltaban fuerzas...".

La historia de Pérez es la misma de los 1.200 muchachos que practican el boxeo en Cartagena, en tres "gimnasios" como este. Endebles, con una deficiente alimentación desde cuando nacen, sus preparadores —sin que ellos se den cuenta— se ven impedidos para dárles una cultura física completa como lo exige este deporte. Tal vez por esto, ahora que esperábamos la decisión del árbitro en Munich, comprendíamos la gran hazaña de los púgiles colombianos en la olimpiada.

Pero la mano de Pérez no fue levantada. La medalla de plata se había esfumado... unos quince minutos después, en su casa, el padre se



En este destartado ring instalado por Chico de Hierro, en la Avenida Pedro de Heredia, de Cartagena, se han formado varios pegadores internacionales y se forman precariamente otros. (Vega).

había sentado, inmóvil en una silla: "Vieja —le dijo a su mujer, Domingo— le robaron la pelea al muchacho, se la robaron, minga, se la robaron miserablemente: nosotros que vimos la pelea por televisión... Le dio puños hasta en la cédula".

Como en los combates anteriores, decenas de chiquillos de todo el barrio se agolparon en la puerta de la pequeña casa donde se preparaba —como todos los días de triunfo— un gran sancocho. Pero esta vez no gritaban. Habían venido para verle la cara larga a los viejos y a repetir lo mismo que ahora decían 22 millones de colombianos: "Le robaron la pelea a Alfonso".

Don Manuel Pérez recordaba entonces el día en que nació el muchacho, en una casita de techo de palma situada en Malagana, un pueblo cercano de Cartagena... "La vida no era muy fácil", dice, "yo ganaba 80 centavos diarios en el ingenio Central Colombia y tenía hasta ese momento cinco hijos de los 11 que hay ahora".

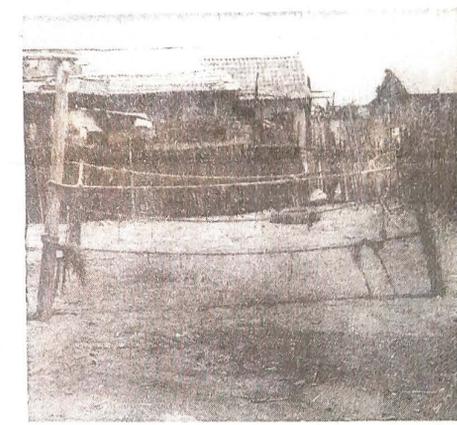
—Don Manuel, ¿qué quiere ahora? —Que Alfonso se haga profesional... El se va a envejecer como aficionado... Además, ya necesita que comience a entrarle el dinero fuerte.

—Rezarán esta mañana por él? —No señor, nosotros oramos en los brazos de Alfonso. Y mire usted; pero, claro, es que con sus brazos no podía derrotar a los jueces.

El camino hasta Munich estaba cubierto. Esta tarde, la profecía de Alfonso Pérez parecía para todo Colombia cumplida. El le había dicho antes de partir a su hermano Gustavo: "Mano, me voy a consagrar, tengo que traer una medallita aunque ese gineco está muy duro".

—¿Cuánto había entonces de la casa en el barrio Escallón Villa hasta Munich? Diez años en destartados gimnasios oyendo los consejos de "Chico de Hierro", siete campeonatos nacionales, uno Centroamericano y del Caribe, uno Bolivariano, una medalla de plata Panamericana, 89 peleas de las cuales ha ganado 86, porque la del viernes fue suya, tres hijos, una esposa, un palustre colgado en la pared y una máxima: "El deportista que no domina la lengua ni la botella, nunca llegará lejos".

EL TIEMPO
DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE DE 1972
Deportes
A cargo de:
HUMBERTO JAIMES C.



De este "ring", por llamarlo de algún modo, de Pedro Acosta, al Boxing Hall de Munich hay mucho trecho, y Alfonso Pérez lo ha recorrido todo. Aquí empezó y no se sabe dónde acabará. (Vega)

Cumbia en la Villa

Por XAVIER DOMINGO.

MUNICH, 9. (AFP). — Con palmas o utilizando a modo de bongó y tambadora los banquillos de plástico de la Villa Olímpica, púgiles colombianos y velocistas venezolanos pusieron hoy renuevo de calor y alegría en la tristura gris del pueblo.

Agrupados en un banquillo y al son de los cassettes del aparato de Philips (no la marca, sino el velocista venezolano) Hidalgo, Calisto Pérez, Alfonso Pérez, Clemente Rojas y Emiliano Villa dieron un fantástico concierto de ritmos afroamericanos cantando también piezas letradas o bailando con demostraciones de "puerto de piernas" que dejaron boquiabiertas a las muchachas que, en gran número, miraron y aplaudieron la exhibición.

Rojas y Alfonso Pérez festejaban las medallas de bronce ganadas en el torneo de box. Los demás,

simplemente tenían alegría en el cuerpo y lo expresaban del modo más natural.

La nadadora italiana Federica Stabellini me dijo: "Después de la tristeza y angustia de los días pasados la alegría de estos muchachos hace bien".

Pronto, los aficionados a los recuerdos fotográficos ametrallaron con sus objetivos a bongoseros y bailarines que, jaleados por el público, se animaron aún más.

Cada uno de ellos hizo una demostración de pasos de baile inéditos, originales, llenos de agilidad, de gracia y de insinuaciones maliciosas, improvisando ingenuas coplas que los compañeros coreaban con refranes adecuados.

"Yo soy un negro de Barranquilla y he venido aquí a Munich Para encantar a las chiquillas y volverme a mi país".

Juan Manuel Pérez Un hijo que llegó a campeón



Melisa de Pérez Un marido que golpea duro



Alfonso Pérez



Alfonso Pérez



Alfonso Pérez